

Socialdemocracia y Pacto Social. La Negociación del Consenso para Superar un Tejido Social Roto*

*Mtro. Enrique González Casanova***

Es necesario, en los momentos actuales, establecer con precisión cuáles argumentos pueden servir para diseñar una agenda de la socialdemocracia en el mundo contemporáneo y, para ello, conviene reflexionar sobre el escenario en el que se encontraba Europa cuando finalizó la Segunda Guerra Mundial.

Hacia mediados de la primavera de 1945, cayó Berlín ante el ejército soviético. Unos días después, Alemania capituló ante los poderes aliados y, de esta manera, terminaba oficialmente el conflicto bélico. A los ojos de todos destacaba la destrucción generalizada que afectaba por igual a casi la totalidad de las naciones del viejo continente: vencidas y vencedoras.

La cruenta contienda, que e habría de prolongar en el Japón hasta agosto de ese mismo año, daba entre otros resultados una aterradora cifra superior a los cincuenta millones de muertos. Además, por primera vez en la historia de la humanidad, la mayoría de las bajas no sucedió en las vanguardias, es decir, en los frentes de batalla; sino, por el contrario, en las retaguardias. El grueso de las víctimas perteneció a la población civil que experimentó en carne propia el resultado de la aplicación de la tecnología de punta a la innovación en materia militar que generó impresionantes maquinarias de muerte y devastación.

Puede agregarse que quienes asistieron a las líneas de fuego también eran, en su mayoría, civiles. Las circunstancias y exigencias de la guerra los obligarían a ponerse el uniforme y enlistarse –por voluntad propia o de manera compulsiva– en los ejércitos de sus respectivos países.

Cuando las acciones militares por fin terminaron, en la desolación de los aun humeantes campos de batalla era posible constatar que Europa y partes considerables de África, y sobre todo, Asia, habían sido sometidas al desastroso aniquilamiento de su principal recurso social: el humano.

La pérdida de vidas se aderezaba con la liquidación de una parte muy significativa de la infraestructura. En este campo de la realidad, era visible la homologación de la suerte de vencedores y vencidos.

Las sociedades europeas por igual entraban a la posguerra afectadas por el desastre. Su presente era atroz y su futuro, por decir lo menos, sumamente incierto. Si bien es verdad que el fin de la guerra produjo alegría y, hasta cierto punto, un indudable respiro y una relativa tranquilidad, también es cierto que las expectativas en el porvenir no resultaban precisamente alentadoras.

* Ponencia presentada en el marco del “Ciclo de Conferencias: Socialdemocracia para el Siglo XXI”, organizado por el Partido Socialista Obrero Español, Agrupación de México y la Fundación por la Socialdemocracia de las Américas, A. C., en la Ciudad de México, el 15 de febrero de 2007.

** Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Habría que añadir a esta situación otro aspecto que marcaría la agenda de posguerra. Prácticamente, la mayoría de las sociedades europeas occidentales había visto como, en la medida en que su condición de formaciones rurales quedaba atrás y se insertaban en el proceso de la industrialización, sus tejidos sociales experimentarían un mayor y más extendido ahondamiento en la asimetría de su configuración estructural.

Se había pronunciado la diferenciación entre las distintas clases. A ello se sumaba que la consolidación del urbanismo se manifestaba paralelamente con el afianzamiento de la industrialización. En consecuencia, se profundizaba también una aguda concentración demográfica. Este contexto no hace difícil comprender por qué las tensiones y las expresiones de conflicto, escenificadas por los diversos sectores que integraban este tipo de sociedades, habían crecido en frecuencia e intensidad.

Ello motivó que, en muchas ocasiones, se desbordara cualquier pretensión negociadora que pretendiese llevar a buen fin las divergencias, en cambio, estas se radicalizaban al grado de llegar a enfrentamientos abiertos llenos de violencia. En ciertos casos, los desenlaces se expresaron por medio de guerras civiles.

La Primera Guerra Mundial no solo impidió la prolongación de los enfrentamientos agudos en el propio seno de las sociedades sino que coadyuvó en buena medida a su agudización y expansión. Los conflictos sociales del periodo de entreguerras sepultaron en luchas ocasionales las todavía débiles y tenues expresiones democráticas que parecían abrirse paso en situaciones particularmente adversas.

En su lugar, otro tipo de alternativas alcanzaron el éxito. Algunas de ellas propugnaron abierta y decididamente por encontrar un nuevo orden. El resultado de su búsqueda llevó a la entronización de dictaduras totalitarias nacional socialistas y fascistas. Otras, mediante el radicalismo revolucionario, dieron vida a otro totalitarismo, igualmente pernicioso, el estalinista.

Los pocos países que salvaron el orden democrático pudieron hacerlo gracias a la capacidad que tuvieron para instrumentar procesos renegociación en un marco institucional regido por el estado de derecho. Resultado de ese diálogo fue la indispensable modificación del reparto en la renta nacional bajo una idea más equitativa; el derecho al trabajo; el derecho a la seguridad social; el derecho a la educación; y, una mayor y mejor representación política. Estas reformas se pudieron ver, con diferentes grados de avance, en Gran Bretaña y los países escandinavos principalmente.

De todos modos, el balance de la democratización durante el periodo de entreguerras fue limitado y, a pesar de algunos éxitos singulares como, por ejemplo, fue el caso de Suecia, los resultados generales son, más bien, pobres pues se vieron abruptamente interrumpidos cuando empezó la guerra y los nazis al adueñarse de buena parte de Europa, frenaron su desarrollo.

No obstante, el fin de la guerra dio nuevos bríos a la alternativa socialdemócrata cuya propuesta contribuiría en forma significativa a fijar aspectos esenciales en una agenda que aspiraba a la recuperación de la paz.

El camino no era fácil. A las enormes pérdidas en vidas humanas e infraestructura reseñadas líneas atrás, las dificultades parecían acumularse en una carrera desenfrenada durante los primeros meses que siguieron al fin de la guerra. Entre 1945 y 1947, el dinamismo de la economía europea no era suficiente para destrabar el estancamiento que la marcaba.

Aunque, en 1946, se dieron ciertas manifestaciones promisorias y parecía que por fin se reestablecería el crecimiento, el crudo invierno de finales de ese año y comienzos de 1947, fue de una vehemencia tal que contribuyó a hacer más angustiosa la situación de una población ya fuertemente confrontada por un estado de cosas adverso el cual, muy a su pesar, definía la situación que en esos momentos imperaba.

Si la economía no marchaba, en el campo de la política existía un creciente temor respecto a la probabilidad de la prolongación de la guerra. Esta vez sería entre los aliados occidentales –Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña-, por un lado, y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), por el otro.

Este dato es relevante pues, entre numerosos sectores de Europa Occidental, el ejército rojo gozaba esos días de un enorme prestigio por el decidido papel que había jugado en la lucha contra el nazi-fascismo. Para muchas personas ya era visible, sin embargo, el despotismo de su régimen y la consabida pérdida de libertades que implicaba para los habitantes de la URSS y de las naciones que cayeron bajo su égida como resultado del famoso “teatro de operaciones” acordado en Yalta por la dirigencia aliada.

En Europa Occidental donde, después de todo, existía una cultura democrática más afianzada y difundida entre la mayoría de la población, una serie de procesos electorales que comenzaron a darse desde mediados de 1944 para conformar gobiernos legítimos en las naciones recién liberadas o, en el caso de Gran Bretaña, para integrar un gobierno destinado a atender las demandas sociales de ese momento, casi siempre dieron como resultado que partidos socialistas democráticos accedieran al poder.

La socialdemocracia gobernaría –desde la segunda mitad de los cuarenta- buena parte de Europa Occidental y, en aquellos países donde no lo hacía, estaba en condiciones de participar activamente en la formación de coaliciones de calidad de socio minoritario, pero con una enorme influencia –como era el caso de Italia-, o bien, de ejercer un importante poder regional como consecuencia de la estructura federal –como resultó ser el caso de la recién creada República Federal Alemana-.

El papel de la socialdemocracia en la reconstrucción de las naciones afectadas por la guerra sería clave ya que participaría en el diseño e instrumentación de proyectos nacionales los cuales privilegiarían la atención a problemas de desarrollo social mediante reformas significativas en el terreno de la economía, la política y la cultura. Manifestación, a su vez, una destacada vocación democrática al privilegiar el respeto y el afianzamiento de las libertades individuales y una clara vocación a la vigencia e imperio del estado de derecho, del orden constitucional y de la pluralidad política.

Lejos de caer en las tentativas totalitarias de la supresión de la disidencia, la socialdemocracia pugnó por respetar el derecho a pensar y actuar bajo otros criterios de pensamiento siempre y cuando se respetara el marco constitucional del orden democrático. No es exagerado afirmar que la misma existencia de una vida democrática en el continente europeo tiene una importante deuda con el rol asumido por los socialdemócratas.

La socialdemocracia, al crear y al practicar estas políticas, estuvo en condiciones de apoyar sistemáticamente a la superación de la situación de conflicto permanente que había caracterizado a Europa durante más de un siglo, digamos de 1850 a 1945. A cambio de ello, se dieron condiciones adecuadas para establecer los fundamentos de un nuevo pacto social que sirvió para superar la ruptura donde estuvieron las sociedades europeas durante el periodo de entreguerras.

Una nueva dimensión del concepto y praxis de ciudadanía se dio con el socialismo democrático de la posguerra. La ciudadanía, sin duda, indispensable ADN de la democracia, no podía limitarse a la concepción que de ella se tenía en el Siglo XIX o en la primera parte del Siglo XX. A la idea y práctica de ciudadanía política obtenida, en muchos casos, durante lo que podría denominarse como una primera etapa de lucha proel afianzamiento de la democracia moderna, habría de añadirse lo que el sociólogo británico Tom Marshall denominaría como componentes esenciales de este concepto para la segunda mitad del Siglo XX: la ciudadanía económica y la ciudadanía social.

De acuerdo a este científico social, se puede entender como ciudadanía política al derecho de cada individuo a ejercer su libre albedrío en materia política y a mantener igualdad ante la justicia.

Ciudadanía económica, por su parte es, sobretodo, el derecho a trabajar y a recibir un ingreso justo.

Finalmente, ciudadanía social es el derecho a indicadores básicos de desarrollo como son, por ejemplo, la atención a la salud, la vivienda, el vestido, la igualdad de género y, desde luego, la educación.

Una vez reconocidos estos derechos, la probabilidad de superar positivamente la ruptura del tejido social y sustituirla por un pacto social incluyente quedó establecida. Con ello, se fortaleció también la posibilidad objetiva de vivir en un régimen democrático integral.

Objetivamente, el papel de la socialdemocracia consistió en superar un abismo marcado por enfrentamientos clasistas abiertos y lograr que, en un contexto integrado por instituciones basadas en los principios básicos de justicia y de equidad del pacto social, se expresasen las divergencias y las discrepancias, y éstas se canalizasen de acuerdo al orden vigente.

Dicho de otro modo, el fortalecimiento de la democracia implicó que las expresiones de conflicto dejasen de ser caldo de cultivo para rutas armadas revolucionarias. En su lugar se procedió a negociar la ampliación del estado de derecho.

Cierto es que muchas de las instituciones que cobraron existencia en la segunda mitad de los cuarenta y al comienzo de los cincuenta, llegaron a ser obsoletas hacia finales de los setenta y principios de los ochenta. Su decadencia e inoperatividad dio entre otros resultados, la oportunidad para que la propuesta neoliberal alcanzara un sinnúmero de adeptos y, eventualmente, llegase al poder para alterar y disminuir, e inclusive, suprimir, muchos de los beneficios logrados durante el periodo de predominio socialdemócrata.

El desmantelamiento de estos derechos ha dado como resultado una nueva aparición de fracturas en el tejido social y la creciente probabilidad de que la disminución de la equidad se traduzca una vez más en enfrentamientos abiertos que conllevan significativas dosis de violencia. La guerra de los suburbios franceses sólo es un ejemplo de esta situación. Ello no debe evitar la necesidad de reflexionar respecto al hecho de que uno de los efectos negativos de la primera etapa socialdemócrata consistió en un irrefrenable crecimiento de las burocracias que, a la postre, incidió en frenar el propio desarrollo de una sociedad más justa. Es, empero, indispensable establecer que el Estado de Bienestar –el logro más acabado de la socialdemocracia de la posguerra-, representó en muchos aspectos un ejercicio de justicia sin el cual no se explica la recuperación y expansión de la bonanza europea, la consolidación de instituciones supranacionales como la misma Unión Europea, la disminución del riesgo de conflicto a nivel internacional y el reconocimiento que las diferencias en la asimetría de los tejidos sociales pueden resolverse por caminos alternos al enfrentamiento violento y, eventualmente, a la guerra civil.

Por eso, junto con Gunnar Myrdall, es posible considerar que si bien es verdad que la primera experiencia socialdemócrata la cual dio paso al Estado de Bienestar es hoy un capítulo terminado, es cierto que existen exigencias y condiciones que permiten pensar la posibilidad objetiva de transitar de un Estado de Bienestar a un Mundo de Bienestar.